

La Perla de Gran Precio

Por el Rev. W.C. Lamain

Lectura Bíblica: Mateo 13:44-58

Salterio 348: 1, 2

232: 1, 2

398: 1-3

124: 1, 2

255: 3, 4

Queridos amigos:

Al final del Sermón del Monte, el Señor Jesús fervientemente amonestó a Sus discípulos, diciendo: “*Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*” (Mt. 6:33). Era necesario que sus corazones dejaran de pensar en las cosas del mundo, y tenían que fijarse en Cristo y Su justicia, que es lo único que nos puede salvar de la muerte eterna. El Señor Jesús dijo que debemos **buscar** el reino de Dios y Su justicia; esto es una evidencia de que no lo tenemos, y que por nuestro estado perdido estamos fuera de ese reino.

Es cierto que los afanes de este mundo son verdaderos, y las cargas de esta vida tienen que llevarse. Sin embargo, nuestra gran preocupación no debe ser cómo pasar por este mundo, sino cómo salir de este mundo y ser preparado para el mundo venidero. No hay cosa más vana que los placeres vacíos que ofrece el mundo; toda es vanidad. Es muy evidente que el dinero no es más que una sombra, no tiene valor duradero, y no puede ser el fundamento en que podamos reposar. Cuántas veces vemos que la propiedad y el dinero como si fuera toman alas y vuelan lejos, así testificando de la incertidumbre de las cosas de este mundo. Sin embargo, por nuestra naturaleza, el hombre pone su confianza en las posesiones del mundo.

Hoy quisiera hablar acerca de un hombre que vendió todas sus posesiones por un solo tesoro, el cual tenía un valor que era sumamente más grande que todo lo que poseía anteriormente. Las palabras de nuestro texto se encuentran en Mateo 13, los versículos 45 y 46, donde leemos lo siguiente: “*También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró*”. Estas palabras hablan acerca de:

LA PERLA DE GRAN PRECIO

Consideramos estos tres puntos principales:

1. **El mercader que busca esta perla;**
2. **El mercader que encuentra esta perla;**
3. **El mercader que posee esta perla.**

Primer pensamiento

Amigos, leemos en nuestro texto: *“El reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas”*. Aquí se hace mención del reino de los cielos. La Palabra de Dios habla del reino del poder de Dios, el reino de la gracia de Dios, y también del reino de la gloria.

El reino del poder de Dios significa el universo y todo lo que contiene. El Dios Soberano reina en el universo como el Rey Altísimo; todos y todo están sujetos a Su reino. El reino de la gloria de Dios refiere al cielo, aquel estado perfecto de los redimidos que han sido comprados por la sangre de Cristo.

El reino de la gracia de Dios es el mismo que el reino de los cielos. Ese reino es gobernado por Dios desde la eternidad hasta la eternidad. Cristo es el Rey de aquel reino. En Salmos 2:6 leemos: *“Yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte”*. En Eclesiastés 4:14 se habla acerca de los que son nacidos en ese reino. Son los escogidos de Dios que han sido predestinados en Cristo desde la eternidad para la salvación eterna. De ese pueblo se habla en 1 Pedro 1:3: *“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”*.

Las personas que son renacidos para morar en este reino tienen varios nombres en la Biblia. Se refieren a ellos como “soldados”, “corredores”, “extranjeros y peregrinos” (1 Pe. 2:11), “los santos del Altísimo” (Dn. 7:18) en quienes es la complacencia de Dios (Sal. 16:3). En nuestro texto, se refieren a los hijos de Dios como “mercaderes”. Se puede decir que todos los que nacen en el reino de Dios son mercaderes espirituales. Permítanme explicar esto.

Primero: Ellos tratan con el cielo, pues su ciudadanía está en los cielos (Fil. 3:20). En los cielos es su testigo (Job 16:19), y su vida está escondida con Cristo en Dios (Col. 3:3). Las cosas celestiales llenan su corazón. Cuando Dios los regeneró por Su Espíritu y Su Palabra, para ellos el mundo perdió su valor, y el cielo llegó a ser lo único atractivo. Con David ellos cantan: “*Señor, delante de ti están todos mis deseos, y mi suspiro no te es oculto*” (Sal. 38:9). Ellos anhelan el cielo, y son atraídos al Dios Trino, Quien mora y reina en los cielos. Por la gracia, ellos aprenden el valor verdadero de las cosas que están en el cielo, donde Cristo está sentado a la diestra del Padre.

Segundo: Un mercader que trata con las posesiones del mundo hace todo lo posible para conseguir la mercadería que quiere. No se desanima fácilmente, y hace largos viajes por tierra, por mar y por vía aérea, sacrificando el confort de la casa, para asistir las ferias y los mercados donde puede comprar las cosas que necesita para su negocio. Un mercader bueno es premiado por su persistencia al final.

El mercader espiritual tiene una persistencia espiritual en su corazón. El utiliza todos los medios posibles para conseguir lo que es necesario para ser reconciliado con Dios y estar en paz con Él. Aunque la salvación es por la gracia, el mercader espiritual hará todo en su poder para procurar obtener esa bendición.

Tercero: Un mercader con mucho empeño que trata con las posesiones del mundo aprovecha de cada oportunidad de comprar su mercadería. Procura saber *cuándo* y *dónde* se realizan los mejores mercados, y planifica sus viajes para que pueda asistir esos mercados y ferias. Toda su vida se ocupa con su negocio. Guarda los días, los meses, y los mejores tiempos para su negocio.

Así es también con el mercader espiritual que desea la reconciliación con Dios y la unión con Cristo. Guarda los días, los meses, los tiempos y los años (Gál. 4:10). Pablo dice en 1 Co. 6:2:

“He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de la salvación”. En Salmos 95:7, 8: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón”*. El mercader espiritual guarda los días y los tiempos cuando se proclama el Evangelio y las riquezas de la gracia de Dios. Nunca deja su asiento vacío en la iglesia a menos que sea imposible por motivos legítimos. Escucha con atención a cada mensaje con la esperanza de que haya una palabra para él. Él disfruta asistir al mercado espiritual, porque se siente en su elemento cuando está bajo la predicación pura de la Palabra y la administración de los sacramentos. La asistencia a la iglesia es de suma importancia en su vida. Para él, no es suficiente asistir una sola vez los días domingo, sino que quiere estar presente en cada culto. Desea con el Salmista: *“Que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo”* (Sal. 27:4).

Cuarto: El mercader en este mundo mantiene correspondencia con sus representantes que manejan su negocio en otros lugares.

Así también el mercader espiritual, por decirlo así, mantiene correspondencia, porque él también tiene Alguien que lo representa. ¿Quién es esto? *“Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”* (1 Juan 2:1). El mercader espiritual encomienda todas sus necesidades a los pies del precioso Señor Jesús, y Le pide llevarlos a la corte de justicia celestial para así ponerlos a los pies del Padre.

Quinto: El mercader en el mundo no compra cualquier cosa que se ofrezca a la venta, ni permite que le venda mercadería que sea de baja calidad. Más bien, él examina toda la mercadería con mucho cuidado, porque sabe que es necesario tener un buen producto para poder venderlo de nuevo.

De la misma manera el mercader espiritual examina e investiga. Dice con David en Salmos 139: *“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; y ve si hay en mí camino de perversidad, y*

guíame en el camino eterno”. Él sólo acepta lo que realmente lo lleva a la vida eterna, y examina con cuidado todo lo que se le ofrece. Para él, tiene que ser auténtico; tiene que ser la justicia perfecta de Jesús, porque él sabe que las obras humanas y todos sus propios esfuerzos no le servirán en absoluto en el gran Día de días.

Sexto: El mercader del mundo está dispuesto a pagar el precio necesario para productos genuinos. Su mayor motivo no es simplemente comprar barato, sino que quiere conseguir algo que tenga valor, y está dispuesto a pagar por ello.

De igual manera, el mercader espiritual está dispuesto a sufrir lo que sea para la salvación que hay en Cristo Jesús. Piensen en Moisés, quien “...rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayor riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (Heb. 11:24-26).

Séptimo: El mercader del mundo está alegre cuando hace una buena compra. El comprar y vender son parte de su vida, y si le fuera necesario quedarse en casa, estaría muy infeliz.

Así es con el verdadero hijo de Dios. Sólo quiere vivir para tener comunión con Dios, y cuando no hay esa comunión, se siente triste. Aun los que viven con él se fijan cuando no se siente la comunión de Dios. Por otro lado, cuando su fe está en acción y él puede orar y suplicar, hay gozo en su alma.

Octavo: El mercader del mundo toma mucho cuidado en todo momento de que no se equivoque o haga un error en su negocio.

Así también es necesario que el hijo de Dios ore siempre al Señor: “Enséñame tu camino, oh Dios, y no lo dejaré”. Siempre tiene que tener mucho cuidado para no desviar ni a la derecha ni a

la izquierda, y procura “...*tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres*” (Hechos 24:16).

Noveno: El mercader en el mundo, al regresar a su casa después de visitar el mercado, siempre examina sus compras con mucha satisfacción.

El mercader espiritual hace lo mismo cuando considera la grandes bendiciones que le fueron merecidas por Cristo y concedidas por la gracias libre y soberana. Cristo Jesús le “...*ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención*” (1 Co. 1:30).

Nuestro texto habla acerca de un mercader que “busca” buenas perlas. Las perlas son hechas dentro de la concha de una ostra. Cuando un grano de arena u otro objeto penetra la concha de la ostra, el animal lo aísla al cubrirlo con varias capas de una secreción llamada nácar. Así la perla va formándose dentro de la ostra. Para conseguir las perlas es necesario ir al profundo del mar con una red u otro aparato para recogerlas. Las conchas son colocadas en un lugar seco hasta que la ostra muera, y luego se abren las conchas para quitar la perla. Las perlas son gemas (joyas) muy caras. Ha habido perlas que se vendían por más de \$500 miles de dólares. El valor de la perla se determina por su redondez; las perlas más redondas sacan el mejor precio.

Ahora bien, el mercader de nuestro texto sigue buscando “buenas perlas”, aunque ya tiene otras perlas. ¿Por qué sigue con su búsqueda? Es porque las otras perlas que tiene no son lo que busca y no lo satisfacen; el busca la perla de gran precio.

Hablando espiritualmente, el mercader en sí mismo estaría satisfecho con lo que tiene. Sin embargo, el Espíritu de Dios lo impulsa a seguir buscando. Es una bendición cuando no estamos satisfechos en lo que tenemos, y cuando todas las cosas de este mundo se hacen más vacías para nosotros. El hijo de Dios encuentra la felicidad si algún día llega a saber por enseñanza divina que todas sus propias justicias no son más que pecados, y que él es pecador ante Dios. Entonces

se le abren los ojos para ver a Jesús, el bendito Mediador de Pacto, Quien es la Perla de Gran Precio del cual la novia dice en Cantares 5:6: *“Su paladar, dulcísimo, y todo él codiciable. Tal es mi amado, tal es mi amigo, oh doncellas de Jerusalén”*.

Hay algunos en la Iglesia de Dios que poseen muchas perlas; sin embargo, no tienen la Única Perla de Gran Precio. Hay personas que dicen ser convertidas y tienen tantas “perlas”. Siempre hablan de ser convertidas, pero es evidente que nunca perdieron su conversión como su fundamento para la salvación. Hay personas que han tenido tantas experiencias, tantos versículos aplicados a su corazón, han llorado tantas lágrimas, pero... ¡no tienen la Perla de Gran Precio!

Queridos amigos, mientras estamos en esa condición de estar satisfechos con nosotros mismos y con nuestro estado, imaginándose poseer la salvación, Cristo no tiene valor para nuestra alma. Permítanme darles un ejemplo para explicarme. Si entro en un tienda llena de mercadería de mucho valor, y si mis manos ya están llenas de productos, ¿es posible sacar de los estantes estas cosas de mucho valor? Ustedes entienden que sería imposible. Primeramente tengo que poner a lado las otras cosas que tengo en las manos. Y es así espiritualmente: tengo que dejar a un lado todo lo que es de mí. Es necesario perder mi conversión, mis experiencias, mi piedad, mis lágrimas, mis propias justicias, y hasta mi esperanza. Las posesiones que tenemos son demasiadas para enumerar. Oh, puede ser que digamos que somos pobres y necesitados, pero eso no siempre refleja lo que vive en el corazón.

Sabemos que es una causa de desánimo perder posesiones terrenales, y es mucho más perder las posesiones espirituales que nos dieron tanta satisfacción. No obstante, es necesario que Dios nos quite todas estas cosas, a fin de que lleguemos a ser pecadores muertos ante Dios. Ya con todas nuestras posesiones quitadas, nos veremos como al punto de morir eternamente.

Segundo pensamiento

El mercader de nuestro texto no está satisfecho con las perlas que tiene, sino que sigue buscando. He aquí, un día él encuentra una perla que sobrepasa toda otra perla en cuanto a su belleza, su tamaño y su perfección. Se da cuenta de que nunca será satisfecho hasta que consiga poseer esta perla. Su deseo de tener esta perla era tanto de modo que *“fue y vendió todo lo que tenía, y la compró”*.

Amigos, esta perla es Cristo Mismo, la Perla de Gran Precio. El mercader buscador ha encontrado esta Perla, y para poseerla tiene que dejar a lado todas sus posesiones. Hablando espiritualmente, quiere decir que todo lo que había sucedido en el corazón del hijo de Dios antes de la revelación de Jesucristo tiene que ser dejado primero. Ahora, hagamos unas comparaciones entre Cristo y esta perla.

En primer lugar vamos a considerar la manera maravillosa por la cual se forman las perlas. Su madre es la concha de una ostra. Cuán maravillosa fue el nacimiento de Cristo, no sólo como Hijo de Dios, sino también como Hijo del Hombre. Fue concebido del Espíritu Santo, nacido de la virgen María.

En segundo lugar, las perlas son de gran valor; siempre han sido consideradas joyas preciosas, y se han pagado sumas enormes por ellas. Sin embargo, no se puede comparar nada con el valor de Cristo, *“el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”* (Ro. 9:5). Él es más hermoso de los hijos de los hombres, y la gracia se derrama en Sus labios (Sal.45:2).

En tercer lugar, hay muchas personas que no aprecian el valor de las perlas, y otras que desconocen su valor. Los niños, por ejemplo, y aquellos que no saben el valor una perla, escogerán una manzana antes de una perla. Y así es con Cristo: para la persona natural y no regenerada, Cristo no tiene ningún valor. Cuando Cristo fue llevado al templo, había miles de

personas ahí, pero había un solo Simeón y una sola Ana que lo reconocieron la hermosura del Niño Jesús. Los ojos del hombre natural están cegados para Cristo y Su hermosura. Sin embargo, la Iglesia dice: *“Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma, dónde apacientas”* (Cantares 1:7).

En cuarto lugar, las perlas tienen características hermosas. Las perlas son redondas, y como tal no tienen lugar de inicio ni lugar donde se terminan. Cuando se refiere a Cristo como la Perla de Gran Precio, se refiere a Su perfección y Su infinitud. Él es la perfección personificada. Él es el Mediador completo y el Salvador perfecto.

En quinto lugar, las perlas son blancas y brillantes. El Señor Jesús es “blanco y rubio” (Cant. 5:10). En una visión, se reveló a Daniel en vestido blanco como la nieve (Dn. 7:9). En el Monte de la Transfiguración, Sus vestidos se volvieron resplandecientes y muy blancos (Marcos 9:3). El resplandor de Cristo sobrepasa por mucho lo del sol, pues Él es el resplandor del Padre y la imagen misma de Su sustancia (Heb. 1:3).

En sexto lugar, las perlas no sólo son hermosas por fuera, sino también por dentro. Cristo es de todo codiciable y hermoso, y no se puede comparar Su hermosura con nada. A la Iglesia de Dios se le da la promesa en Isaías 33:17: *“Tus ojos verán el Rey en su hermosura”*.

En séptimo lugar, las perlas son sólidas y duraderas. Cristo es indestructible; Él es la Piedra del Ángulo, el fundamento seguro. No hay poder en el mundo ni en el infierno que pueda destruirlo, y las puertas del infierno no prevalecerán contra Él. (Mt. 16:18).

En octavo lugar, las perlas no sólo tienen características hermosas, sino que también tienen cualidades excelentes, y son una fuente de riquezas para sus dueños.

Los que poseen al Señor Jesucristo son verdaderamente ricos, porque tienen todo. Ellos tienen Su persona, Sus méritos y Sus promesas, y tienen derecho a todo lo que se encuentra en el cielo y la tierra. Son herederos del Reino de Dios y coherederos con Cristo (Ro. 8:17).

Por último, es difícil conseguir las perlas. No todos saben dónde y cómo encontrarlas, y aquellos que lo saben tienen que hacerlo con mucho cuidado y diligencia, ya que tienen que cosecharlas de la profundidad del mar donde existen muchos peligros.

Podemos decir lo mismo en cuanto al encontrar a Cristo, la Perla Espiritual. No es fácil encontrarlo y llegar a ser partícipe de Él. No se les da a todos la sabiduría para buscarlo de la manera correcta; ese privilegio sólo se le da a ellos a quienes a Dios Le complace mostrar misericordia en Su gracia soberana y libre (Mt. 11:25). Aquellos que conocen el camino en que se encuentra la Perla Espiritual tienen que hacerlo con mucho cuidado y diligencia. El que encuentre a Jesús es verdaderamente rico, porque en Él se encuentran todos los tesoros espirituales y todo conocimiento. Los que encuentran a Jesús nunca Lo perderán, en contraste a lo que se encuentra en este mundo, que siempre puede perderse.

Tercer pensamiento

En nuestro tercer pensamiento vamos a considerar el mercader que posee esta perla.

Se ha realizado una transacción; esto se confirma en Proverbios 3:14: *“Porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata”*, y en Prov. 23:23 el Señor nos dice: *“Compra la verdad, y no la vendas”*. También se lee en Isaías 55:1 y 2: *“A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia?”* Y en Apocalipsis 3:18 el Señor Jesús Mismo aparece como un mercader, porque ahí el Cristo glorificado dice: *“Yo te aconsejo que de mi compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez”*.

En nuestro texto leemos de un mercader que vende todo lo que tenía para comprar la Perla de Gran Precio. Vende todo, porque su alma está lleno de deseo para Cristo. Se da cuenta de que sin Jesús no hay vida, sino la destrucción eterna. Sus posesiones no pueden satisfacer su alma; sólo lo puede hacer la Perla de Gran Precio.

También es necesario que el mercader obtenga la Perla de la manera correcta; no la puede robar, porque así no se atrevería a mostrarla en público. Tiene que conseguirla de una manera que le permite demostrarla públicamente, y para que pueda apelar a Dios y a Cristo como testigos del hecho de que él posee la Perla legítimamente.

El mercader vende todo lo que tiene y compra la Perla de Gran Precio. Nunca había hecho un trato que tuviera tanto valor como este cambio de todos sus bienes por la Perla de Gran Precio. ¿Qué quiere decir que el mercader “vendió todo lo que tenía”? Significa que dejó a lado su amor por el mundo, su deseo de tener riquezas y honor, y abandonó los placeres y deleites pecaminosos del mundo, porque no se puede servir a Dios y a Mamón. Todos deseos carnales e inmundos tienen que ser destruidos. Antes él había vivido en el pecado como un pez vive en el agua, buscando los deleites de la carne, pero no ganando nada sino una satisfacción temporal.

Sin embargo, el mercader tiene que “vender” aun más. Tiene que dejar a lado su propia sabiduría, sus propias justicias, y sus propias experiencias espirituales. En breve, él tiene que vender y dejar todo, incluso a sí mismo.

Aun después de que Dios detiene a una persona, la persona sigue amontonando tantas posesiones espirituales, y trata de retenerlas. No obstante, amigos, es una gran bendición cuando, por la gracia, podemos “vender” todo y abandonar todo lo que no sea Cristo, para así recibir a Cristo como su porción para el tiempo y para la eternidad. El hijo de Dios ha sido comprado, cuerpo y alma, con la sangre de Cristo, y por la gracia él también hace una compra, dejando

todos sus bienes y negando a sí mismo para comprar la Perla de Gran Precio. Esa Perla de Gran Precio se le fue ofrecido en el Evangelio, y él fue impresionado del valor de esa Perla y fue atraído por ella. Así el hijo de Dios aprende a buscar refugio en Cristo, y abrazarlo por la fe, sometiéndose completamente a Él y encomendando todo a Él. Dios Padre le había ofrecido esa Perla, y la fe por la cual él pudo recibirla también le fue dada, para que pudiera poseer esa Perla. Por eso, tiene que dejar todo lo que sea suyo: su mente, su voluntad, sus propios deseos y sus cualidades, para que Cristo sea su porción ahora y para siempre.

Zaqueo, uno de estos mercaderes bendecidos, dijo: *“Si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado”* (Lc. 19:8). El Señor Jesús había entrado en su corazón para morar ahí siempre. La mujer de Samaria perdió su culpa, su pecado, y todo de sí mismo, y ella dijo: *“Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo?”* (Jn. 4:29). Ella había recibido a Cristo como su Salvador.

Se lee en las Escrituras acerca de pueblo de Dios que es tan privilegiado a vender todo y obtener a Cristo como su porción. Esto no sucede sin que el pecador se dé cuenta; al contrario. Pablo dice: *“Pues no se ha hecho esto en algún rincón”* (Hechos 26:26). Sí, amigos, el pecador sabrá lo que ha sucedido, y ninguna tristeza podrá jamás borrar la memoria de esto. El puede decir: “Todo ha cambiado, y he sido redimido de mis experiencia y sentimientos anteriores. Ahora puedo abrazar al Mediador, el eterno Señor Jesús, como mi porción eterna. Ya no tengo miedo pasar por esta vida, a pesar de sus muchos afanes y aflicciones”. Ya puede decir con David: *“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento”* (Salmos 23:4).

Para el verdadero hijo de Dios, la Perla de Gran Precio llega a tener más y más valor. Para él, el resplandor y la hermosura de Cristo aumentan cada vez más, y se hace más grande, más

precioso, y más excelente. Oh amigos míos, es una bendición infinita poder perder a sí mismo y ganar a Cristo como nuestra porción. Qué gran bendición para el hijo de Dios, que él vaya a poder cruzar el río Jordán de la muerte con el Señor Jesús, siendo llevado en Sus brazos, para así entrar en las puertas de la justicia, vestido en la justicia de Jesús y adornado con Su santidad. Nada “...*podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro*” (Ro. 8:39).

Antes de terminar con unas palabras de aplicación personal, vamos a cantar **el Salterio 124, las estrofas 1 y 2.**

Amigos, la salvación consiste en tres cosas:

1. El hecho de que no la tenemos;
2. El hecho de buscarla; y
3. El hecho de encontrarla.

Antes de que podamos buscar algo, tenemos que darnos cuenta de que no la tenemos, y de que lo hayamos perdido. Es necesario que Dios nos enseñe que estamos sin Él.

Jóvenes y mayores de edad, ustedes están en el camino hacia la eternidad. ¿Alguna vez has perdido algo? No, no les estoy preguntando si alguna vez han llorado o si alguna vez un versículo de la Biblia llegó a su mente. Les estoy preguntando si, entre Dios y su alma, alguna vez han perdido algo; contesten esta pregunta ante Dios. ¿Les causa tristeza el hecho de que están en el mundo y sin Dios? ¿Alguna vez pudieron decir que el hecho de estar sin Dios es su propia culpa?

Te pregunto a ti, hombre o mujer, niño o niña: ¿Alguna vez no has podido dormir porque estabas impresionado de la justicia de Dios, y porque sintió la sentencia de la muerte que merecías? Oh amigo mío, ¿alguna vez has tenido trato con Dios, con Su justicia, y con Su

santidad? ¿Alguna vez el Señor te ha mostrado lo pecaminoso del mundo? Acuérdate, tarde o temprano tendrás que salir de este mundo y dejar todas sus posesiones. ¿Está tu corazón muy apegado a las cosas del mundo o al pecado? O, ¿estás satisfecho con una profesión externa de tu religión? ¿Se basa tu esperanza para la eternidad en algo que tomó lugar en la providencia, o en algún buen sentimiento que sentiste alguna vez al leer la Biblia? Si sigues así, tu fin será muy triste. Sólo la justicia de Cristo puede cubrirte lo suficiente para encontrarse con Dios, y tienes que perder todo lo demás.

Queridos amigos, que Dios los haga perder todo lo que sea de sí mismo, y que aplique Su Palabra a su corazón por la obra poderosa e irresistible del Espíritu Santo. El mundo y sus placeres atraen muchos de esta generación, los cuales dicen con sus acciones: “Queremos ir al infierno”. Oh, que Dios los rescate como “...tizón escapado del fuego” (Zac. 4:11).

Amigo mío, te ruego no engañarte a ti mismo para la eternidad. No puede haber reposo donde Dios Padre no lo haya dado. El Padre sólo reposa en Cristo y en Su justicia, y si tú no encuentras tu reposo en Él, tu fin será muy terrible, porque cuando venga la muerte para ti, tú no tendrás ninguna esperanza. Oh, ¡que seas desnudado de todas tus trapos de inmundicia y de todo lo que no sea Cristo!

¿Hay algunos aquí que son pobres hijos de Dios que aun buscan lo que faltan? A tales personas yo diré: “*Buscad a Dios, y vivirá vuestro corazón*” (Salmos 69:32). Hijo de Dios, espero que pronto Lo encuentres, para que tus ojos vean el Rey en Su hermosura. Es mi oración que pronto tú Lo escuches decir a tu alma: “Heme aquí”, para que tú lo puedas abrazarlo como tu Dios, tu Fiador, tu Mediador, tu Salvador, tu Profeta, tu Sacerdote y tu Rey.

Hijo de Dios entre nosotros que ya ha sido favorecido y has hecho ese gran cambio como el mercader de nuestro texto: alaba al Hijo Quien entregó a Sí Mismo para ti, y alaba al Espíritu

Santo Quien lo selló a tu alma. “*Que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo*”, y glorifica a Dios con cuerpo y alma. Exalta a Cristo como el Autor de todo tu gozo, y alaba a Dios por Su gran amor, y por la hermosura de la Perla de Gran Precio que fue revelado y aplicado a tu corazón. Exáltalo siempre con todo tu corazón, porque Su Nombre será glorificado por los siglos de los siglos, Amén.